

mente mudo, a fin de que nada pudiese jamás traspasar el umbral de la divina latencia, la oscuridad que es un respeto y el silencio que es una majestad.

Gilliat, que era una especie de visionario de la naturaleza, deliraba con un entusiasmo casi religioso.

De repente, a algunos pies de nivel de él, en la traza de una cascada, apareció una gran cascada de agua que caía como una gran cascada de agua, pero que no podía ser vista desde el punto de vista de la cascada.

El trabajo no estaba hecho, como un objeto que alguna parte, aunque rápidamente.

Toda la forma de una cascada, como las que llevan los ríos, sobre un pedregal y con puntas de cascadas que caen sobre el cubierto de un río que no puede resistir, pero que puede ser resistido.

parecía distinguir el lado oscuro de la cascada que caía en el fondo.

A su alrededor, las cascadas de agua se precipitan. Algunas de ellas no caían y se precipitaban, mientras que algunas caían y se precipitaban.

El silencio no caía y se precipitaban, mientras que algunas caían y se precipitaban.

El silencio no caía y se precipitaban, mientras que algunas caían y se precipitaban.

El silencio no caía y se precipitaban, mientras que algunas caían y se precipitaban.

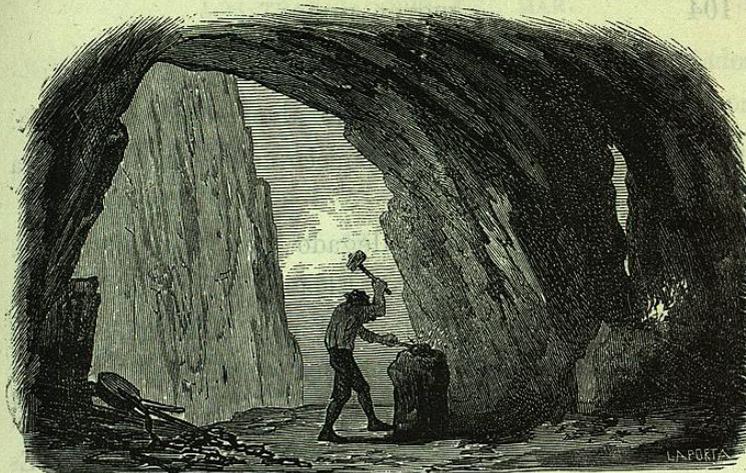
# LIBRO SEGUNDO.

## EL TRABAJO.

BIBLIOTECA  
 N.º 1  
 A. N. L. I.

LIBRO SEGUNDO

EL TRABAJO



I.

LOS RECURSOS DE AQUEL Á QUIEN FALTA TODO.

La gruta no soltaba con facilidad á la gente. La entrada habia sido poco cómoda, y no lo fue mas la salida.

Gilliatt sin embargo triunfó de todos los obstáculos, pero no volvió á visitar aquellas maravillas. No halló allí nada de lo que buscaba, y no tenia tiempo de ser curioso.

Hizo funcionar inmediatamente la fragua. Carecia de herramientas, y se las fabricó.

Tenia por combustible los despojos del buque perdido, por motor el agua, por fuelle el viento, por yunque una piedra, por arte su instinto, por poder su voluntad.

Empezó á trabajar con ardor.

El tiempo se habia propuesto al parecer complacerle. Continuaba siendo seco y tan poco equinoccial como era posible.

El mes de marzo habia llegado, pero tranquilamente. Los dias se iban alargando. El azul del cielo, la vasta suavidad de los movimientos del mar, la serenidad de la atmósfera parecian escluir toda mala intencion.

El mar estaba contento del sol. Una caricia anticipada sazona las traiciones, y el mar no es avaro de ellas. Es una mujer de cuya sônrisa no podemos fiarnos.

Hacia poco viento, lo que no impedia que el fuelle hidráulico trabajase á las mil maravillas. Un viento escesivo, lejos de favorecerle, le hubiera perjudicado.

Gilliatt tenia una sierra, y se construyó una lima.

Con la sierra atacó la madera, y con la lima atacó el metal, y despues se proveyó de las dos manos de hierro del herrero, las tenazas y los alicates; las tenazas sujetan, los alicates cogen; aquellas funcionan como la muñeca, éstos como los dedos.

Las herramientas son un organismo.

Gilliatt se iba poco á poco proporcionando auxiliare-, y completaba su armadura. Hizo un cobertizo para la fragua de su herrería.

Uno de sus principales cuidados fue el de escoger y reparar las poleas. Puso en estado de servicio las roldanas de los motones.

Tenia, como hemos dicho, para las necesidades de su

taller, gran número de tablones almacenados y colocados segun su forma, su dimension y su calidad; en un rincon la encina, en otro el abeto, estando separadas las piezas corvas, como las puercas, de las rectas, como los bureles.

Tenia, como se ve, su reserva de puntos de apoyo y de palancas, de que podia tener gran necesidad en un momento dado.

El que medita un plan debe proveerse de vigas y motones, pero además necesita cuerdas. Gilliatt reparó los cables y los calabrotes. Consiguió sacar de las velas destrozadas excelente filástica con que hizo bramante que le sirvió para recomponer los cabos de los rebenques.

Pero no teniendo Gilliatt brea, los cables estaban espuestos á pudrirse, por lo que era menester emplearlos pronto.

Recompuestas las cuerdas, recompuso las cadenas.

Gracias á la punta lateral del guijarro que le servia de yunque, la cual hacia el oficio de bigornia cónica, pudo forjar eslabones groseros, pero sólidos.

Con ellos juntó los extremos de cadenas rotas, y tuvo cadenas largas.

Forjar un hombre solo, sin ayuda de nadie, es muy incómodo. Él sin embargo se salió con la suya.

Verdad es que no tuvo que habérselas en la fragua sino con piezas de poco peso, que podia manejar con una mano armada de tenazas, mientras las martillaba con la otra.

Redujo á pedazos las barras de hierro redondas que

recogió en el buque naufragado, y forjando en una de las estremidades de cada uno de los pedazos una punta y en la otra una ancha cabeza chata, hizo largos clavos que tenían cerca de un pie de longitud, clavos que usan mucho los pontoneros y que son útiles para las fijaciones que hay que hacer en las rocas.

¿Por qué se tomaba Gilliatt tanta molestia? Ya lo veremos.

Tuvo que afilar varias veces el corte de su hacha y los dientes de su sierra. Se construyó también un triángulo.

Algunas veces se servía del cabrestante de la Duranda. El garfio de la cadena se rompió, y Gilliatt forjó otro.

Con el auxilio de sus alicates y tenazas, y sirviéndose de su navaja como de un destornillador, procuró desmontar las dos ruedas del buque, y lo consiguió.

No se habrá olvidado que esta operación podía ejecutarse por una particularidad de la construcción de dichas ruedas. Los tambores que las habían cubierto sirvieron para embalarlas. Con las tablas de los tambores Gilliatt hizo dos cajas en que pieza á pieza fue colocando las dos ruedas cuidadosamente numeradas.

Para esta numeración le vino á pedir de boca su pedazo de tiza.

Colocó las dos cajas en la parte más sólida de la cubierta de la Duranda.

Terminados estos preliminares, Gilliatt se encontró frente á frente con la dificultad suprema. Se presentó la cuestión de la máquina.

Desmontar las ruedas había sido posible; desmontar la máquina, no.

En primer lugar, Gilliatt conocía mal su mecanismo. Podía, trabajando á la ventura, causarle alguna herida irreparable.

En segundo lugar, hasta para probar á deshacerla pieza por pieza, si hubiese sido capaz de cometer semejante imprudencia, necesitaba herramientas mejores que las que se pueden fabricar teniendo una caverna por fragua, un viento colado por fuelle y un guijarro por yunque.

Intentando desmontar la máquina, se esponía á romperla.

Parecía que Gilliatt había llegado al pie de la muralla que se llama: el imposible.

¿Qué hacer?



sin romper un alambre y sin trastornar el encaje de una sola pieza, de hacer bajar toda entera, por una simplificación prodigiosa, desde el segundo piso de la torre al primero, aquella maciza máquina, toda de hierro y de cobre, «grande como el cuarto del vigilante nocturno,» con su movimiento, sus cilindros, sus barriletes, sus tambores, sus ganchos y sus pesas, sus orbes, su péndola horizontal, sus áncoras de escape, sus madejas de cadenas y cadenitas, sus pesas de piedra, de las cuales había una que pesaba ella sola 500 libras y sus juegos de campanas, desde el hombre que hizo este milagro, y cuyo nombre se ignora, jamás se había emprendido nada semejante á lo que Gilliatt meditaba.

La operación que intentaba Gilliatt era tal vez peor, es decir que era aun mas bella.

El peso, la delicadeza, el cúmulo de dificultades, no eran menores en la máquina de la Duranda que en el reloj de la Charite-sur-Loire. El carpintero gótico tenía un ayudante, su hijo; Gilliatt estaba solo.

Allí había una población, venida de Meung-sur-Loire, de Nevers, y hasta de Orleans, que podía en caso necesario auxiliar al albañil de Salbois, y que le animaba con palabras benévolas; Gilliatt no tenía en torno suyo mas rumor que el viento ni mas muchedumbre que las olas.

Nada iguala la timidez de la ignorancia, como no sea su temeridad.

Cuando la ignorancia da en atreverse, es señal casi siempre de que tiene en sí una brújula.

Esta brújula es la intuición de la verdad, mas clara algunas veces en un espíritu simple que en un espíritu complicado.

La ignorancia convida al ensayo. La ignorancia es un desvarío, y el desvarío curioso es una fuerza.

El saber desconcierta algunas veces y disuade con frecuencia. Gama, siendo sabio, hubiera retrocedido delante del cabo de las Tempestades. Si Cristóbal Colon hubiera sido buen cosmógrafo, no hubiera descubierto la América.

El segundo que subió al monte Blanco fue un sabio, Saussure; el primero fue un pastor, Balmat.

Digamos de paso que los casos citados son la excepción, y nada quitan á la ciencia, que sigue siendo la regla.

El ignorante puede hallar, solo el sabio inventa.

La panza continuaba anclada en el ancon del Homme, donde el mar la dejaba tranquila.

Recuérdese que Gilliatt lo había arreglado todo de manera que permaneciese en libre práctica con su barca. Se trasladó á ella y midió cuidadosamente la manga en varios puntos, particularmente en la parte mas ancha del costillaje. Despues regresó á la Duranda, y midió el gran diámetro de la máquina.

Este gran diámetro, sin las ruedas, se entiende, tenía dos pies menos que el bordaje de la panza. La máquina podía pues entrar en la panza.

¿Pero cómo hacerla entrar?